

¿Dónde diablos jugarán los niños?

Hoy desperté y caminé hacia mi ventana. Después de unos minutos de meditación observando la ciudad gris cubierta por la contaminación, una pregunta se me vino a la mente.

¿Dónde jugarán los niños?

Pase algunas horas al frente de ese ventanal recordando las historias que mi abuelo me contaba sobre una hermosa ciudad llamada Otiuq, donde el cielo siempre azul se perdía entre el verdor de sus montañas. El aire era puro al igual que los ríos y las cascadas donde mi abuelo iba a nadar con sus amigos en los calurosos días de verano.

Mi abuelo recordaba que a la noche se perdía jugando dentro del bosque mágico, cubierto por la vegetación y el sonido de las risas juveniles. Él me contaba que en Otiuq, a comienzos del siglo XX, jugaba con su trompo en la calle o volaba cometas con los vecinos mientras los padres conversaban de política en las plazas del centro de la ciudad. Tampoco podía olvidar las tardes de fútbol en el Parque del Arbolito.

Ya nadie extraña hacer volar cometas o ver a las parejas caminar cogidas de la mano en el Churo de La Alameda; sólo son recuerdos, memorias de una ciudad que fue vivible.

Hoy desperté y caminé hacia la ventana, observé el cielo gris y humeante. Una ciudad cubierta de contaminación visual y auditiva. Ya no hay vida en las plazas, los parques son escasos y las calles están muertas. No hay niños jugando, sólo ejecutivos caminando; no hay juegos, sólo comercio; no hay un presente definido, sólo recuerdos. En las casas-jaula los niños se sientan alrededor de una computadora que les cuenta leyendas fantásticas sobre ciudades jardín, castillos en el aire y parques verticales.

Hoy nació mi hija y con lágrimas en los ojos me acerqué a la ventana y grité lleno de desesperación:

¿Dónde jugarán mis hijos?

Where the heck will the children play?

Today, I awoke and walked over to my window. After a few minutes of reflection, looking out at the gray city covered in pollution, a question came to mind.

Where will the children play?

I spent a few hours in front of that window remembering stories that my grandfather had told me about a beautiful city called Otiuq, where the always blue sky would disappear into the verdure of the mountains. The air was pure and so were the rivers and the waterfalls where my grandfather would go swimming with his friends on hot summer days.

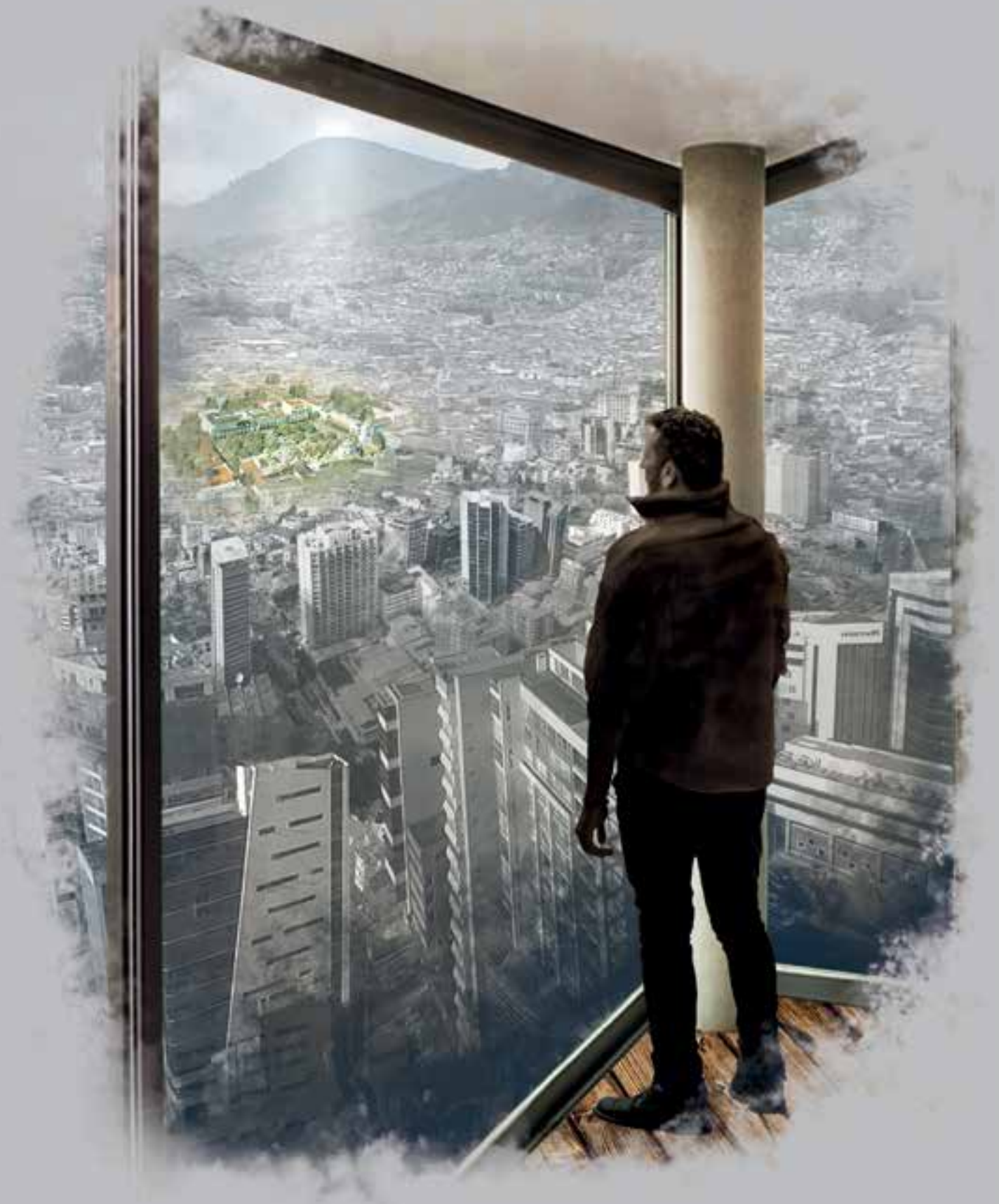
My grandfather remembered that, at night, he would get lost in the magical forest covered in vegetation and the sound of children's laughter. He would tell me that in Otiuq, at the turn of the 20th century, he would play with his spinning top or fly a kite with his neighbors in the street while parents chatted about politics in the plazas of the city center. Neither could he forget the afternoons he spent playing soccer in the Parque del Arbolito.

Nowadays, no one seems to miss flying kites or watching couples stroll hand in hand along the spiraling Churo de La Alameda. These are merely recollections, memories of a livable city.

Today, I awoke and walked to the window. I observed a gray, smoky sky and a city covered in visual and sound pollution. No longer is there life in the plazas at the center of the city. Parks are scarce and streets are dead. There are no children playing, only businessmen walking about; there are no games, only commerce; there is no defined present, only memories. In cage-like houses, children sit around a computer that shows them fantastical legends about cities made of gardens, castles in the sky, and vertical parks.

My daughter was born today and, with tears in my eyes, I approached the window and screamed in desperation.

Where will my children play?



Ciudades crecientes

Hoy salgo a recorrer las calles de mi ciudad, un laberinto sin principio ni final, rodeado por barreras de hormigón y cubiertas punzantes. Camino por las calles. El tráfico es insoportable, los automóviles están atascados en las vías y la gente camina al lado mío sin mirarme, viviendo su propio mundo e ignorando el resto de vida a su alrededor, dirigiendo su mirada hacia el piso, defendiendo su espacio personal, temerosos de sus vecinos. Un ambiente denso, silencioso, sordo por el bullicio de los automóviles que nos rodean.

Ya son las tres de la tarde en Otiug y comienza a llover. Camino perdiéndome en las sombras de los edificios y no puedo ver el sol, ni recibir su luz. Me asfixio en este lugar. Busco un lugar para respirar –un oasis–, y corro. Corro desesperado, necesito encontrar un espacio abierto. Estoy atrapado en la ciudad continua, monótona sin identidad. Huyo de las miradas agresivas, de las esquinas inseguras mientras la gente me esquiva por temor a ser tocada y contagiada con la desesperación de vivir en esta ciudad. He generado una esquizofrenia colectiva, alguien ha invadido su espacio personal, han tenido que despertar del sueño de la rutina diaria. Camino, cansado después de haber corrido sin rumbo fijo por las calles de una ciudad desconocida para mí. A lo lejos veo una mancha verde en este mundo gris y rectilíneo. Es un parque que crece verticalmente, como una mala hierba que brota del pavimento. Me introduzco en él y busco respirar aire puro y sentir un espacio fresco.

Me detengo, es sólo un espejismo, un proyecto, una idea. Triste, me siento en la vereda dura. Estoy solo y perdido entre una avalancha de personas con sus automóviles, en este continuo laberinto de las masas.

Sprawling Cities

I’m heading out to tour the streets of my city—a labyrinth with no beginning and no end surrounded by cement enclosures and barbed rooftops. I walk along the streets. The traffic is insufferable. Automobiles riddle the roads and people walking alongside me don’t even look at me. They’re living in their own world, ignoring all life around them, directing their gaze to the ground, and defending their personal space, afraid of their neighbors. It is a dense, silent environment, deafened by the noise of the cars all around us.

It is now three in the afternoon in Otiug and it starts to rain, I keep walking, losing myself in the shadows of the buildings. I neither see the sun, nor receive its light. I am suffocating in this place. I look for somewhere to breathe—an oasis—and I run. I run desperately, I need to find an open space. I’m trapped in an endless, monotonous city with no identity. I flee from the aggressive stares, from the unsafe corners while people avoid me for fear of being touched and infected by the desperation of living in this city. I have provoked a collective schizophrenia. Someone has invaded their personal space. They’ve had to wake up from their dream of a daily routine. I walk because I am tired from running aimlessly through the streets of a city that I do not recognize. In the distance I see a green patch in this otherwise gray, rectangular world.

It is a park growing vertically, like a weed that sprouts up through a crack in the pavement. I approach it. I need to breathe fresh air and experience open space.

I freeze. It is only a mirage, a projection, an idea. Saddened, I sit down on the hard sidewalk. I am alone and lost among an avalanche of people and their automobiles in this endless maze of the masses.



La magia del árbol

Las leyendas hablan de Otuiq, un paraíso natural donde habitaban seres míticos dentro de los verdes bosques de las laderas del majestuoso volcán.

Luego de ser descubierto el sitio –primero por los nativos y luego por los conquistadores–, una ciudad comenzó a construirse con su propia cultura, llena de leyendas y sueños mestizos, artistas, políticos y soñadores.

Después de quinientos años Otuiq se convirtió en una metrópolis con grandes avenidas para automóviles, rascacielos de hormigón y gente de todos los rincones del mundo. Sin embargo, algo pasó durante los últimos años, la identidad se perdió, el genius loci está dormido y los encantos naturales de sus bosques están casi extintos.

Yo, como cualquier otro soñador, cansado de la ciudad y buscando una fuente de inspiración, traté de encontrar un espacio verde sin contaminación, pero, dentro de Otuiq, fue difícil encontrarlo. Decidido a buscar un espacio puro, me introduje en las montañas donde las personas no habían podido construir. Buscaba un espacio verde donde descansar. Mi búsqueda me llevó al majestuoso volcán, el dios poderoso en los tiempos indígenas. Finalmente encontré el último retazo de bosque donde podía oír los susurros de los animales que habitaban ahí, y las ramas bailaban al compás del silbido del viento. El aire no tenía olor, era un ambiente que me invitaba a descansar y relajarme. Finalmente, ya exhausto por la caminata, me dormí.

Algo me despertó en la oscuridad de la noche, era música que venía desde dentro del bosque. Había ninfas y hadas jugando entre sus árboles. Al escuchar cómo un anciano daba el último discurso a sus tropas: "...es hora de reconquistar Otuiq, es hora de recobrar nuestro bosque...", me escondí. Escuchaba los gritos de millones de seres míticos que se dirigían a la ciudad listos para reconquistarla.

Un fenómeno extraño pasó en esa noche que escuché risas de adultos y niños jugando; Otuiq había vivido una metamorfosis. A la mañana siguiente bajé corriendo a la ciudad. Cuando llegué, me sorprendí, fue un momento increíble. Podía ver árboles sembrados en las vías interrumpiendo el tráfico; la vegetación cubría las paredes de hormigón de los edificios; los autos no podían moverse por que los peatones y las bicicletas se habían tomado las calles. Era la primera vez que podía ver a los ciclistas circulando sin miedo por las avenidas. Después de haber dejado la televisión, las computadoras y los juegos de video, los niños estaban aprendiendo a jugar nuevamente en las calles.

The Magic of the Trees

The legends speak of Otuiq as a natural paradise inhabited by mythical beings and surrounded by green forests on the slopes of a majestic volcano.

After being discovered–first, by the natives, and later, by the conquistadors–the city began to grow with a culture of its own, full of mestizo legends and dreams, artists, politicians, and visionaries.

Five-hundred years later, Otuiq had become a metropolis, with large avenues for automobiles, concrete scrapers, and people from all corners of the world. However, something happened in recent years; the city lost its identity. Its genius loci is asleep and the natural enchantments of its forests are almost extinct.

I, like any other dreamer, tired of the city and looking for a source of inspiration, tried to find a green space free of pollution, but within Otuiq it proved impossible. Determined to find a pure space, I entered the mountains, where people had not been able to build. I sought a green space where I could rest. My search led me to the majestic volcano—a powerful god in indigenous times. Finally, I found the last piece of forest, where I could hear the whispers of the animals inhabiting it and the branches dancing to the rhythm of the whistle of the wind. The air had no smell. It was a place that invited me to rest and relax. Finally, exhausted from the hike, I fell asleep.

Something woke me in the darkness of the night. It was music emanating from within the forest. There were nymphs and fairies playing in the trees. I heard the voice of an ancient one giving his troops their final orders, "It is time to reconquer Otuiq. It is time to take back our forest." I hid. I could hear millions of mythical beings directing their shouts toward the city ready to reclaim it.

A strange thing happened on the night I heard the laughter of grown-ups and children playing; Otuiq had undergone a metamorphosis. The next morning, I ran down to the city. When I arrived, I was surprised. It was an incredible scene. I could see trees planted in the middle of the street, interrupting traffic; vegetation covered the concrete walls of buildings; automobiles had nowhere to go because pedestrians and cyclists had taken over the streets. It was the first time I'd ever seen cyclists riding along avenues without any fear. After abandoning their televisions, their computers, and their video games, children were once more learning how to play in the street.



Una casa representa un hogar, una familia, el refugio donde se generan las relaciones afectivas más profundas, allí complacemos las necesidades básicas del ser humano.

A house represents a home, a family, a refuge where the deepest emotional relationships are formed and where we satisfy the basic needs of human beings.

Casa VV

CARACAS, VENEZUELA

Localizada en la zona de San José a las afueras de Caracas, esta vivienda de 550 m² se encuentra en una zona netamente residencial. Gracias a su ubicación en una ladera, el terreno cuenta con espectaculares vistas de la ciudad y de grandes extensiones de bosque tropical con una fauna y flora muy diversa.

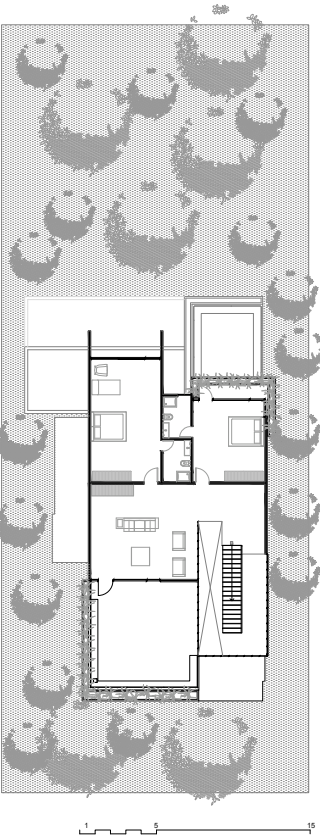
Prácticamente implantada en medio de una selva, se planteó insertarla causando la menor afectación posible al terreno y sus alrededores; constituyéndose en una espectadora sigilosa de la naturaleza. Frente a la fuerte topografía, dada por una diferencia de 12 m entre el ingreso a la residencia y el patio trasero, se decidió adaptarse a las plataformas naturales en el sitio para evitar excavar, buscando aprovechar cualquier movimiento de tierra dentro del mismo terreno.

Located in the area of San José, just outside the city of Caracas, this dwelling, 550 m2 in size, is situated in an area that is purely residential. As a result of its hillside location, the property has spectacular views of the city and vast areas of tropical forest with very diverse flora and fauna.

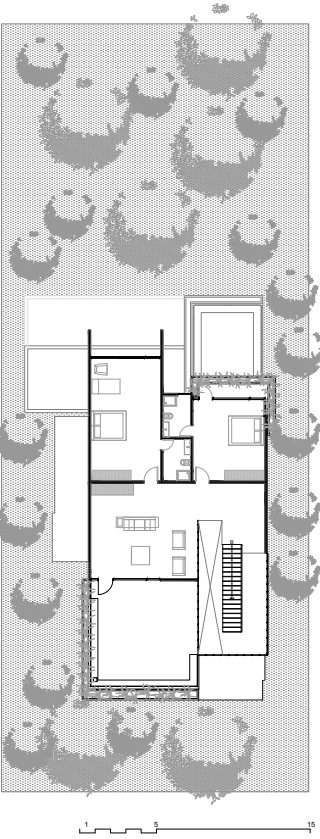
Essentially located in the middle of a jungle, the idea was to do the least amount of harm to the land and its surroundings when erecting the home and turning it into a discreet, natural scenic area. Faced with an aggressive topography and a 12 m difference in elevation between the entrance level and the level of the pool and backyard, the decision was made to avoid excavating by adapting the design and taking advantage of the site's natural tiers.



Ubicación
Location



Planta alta
Top Floor

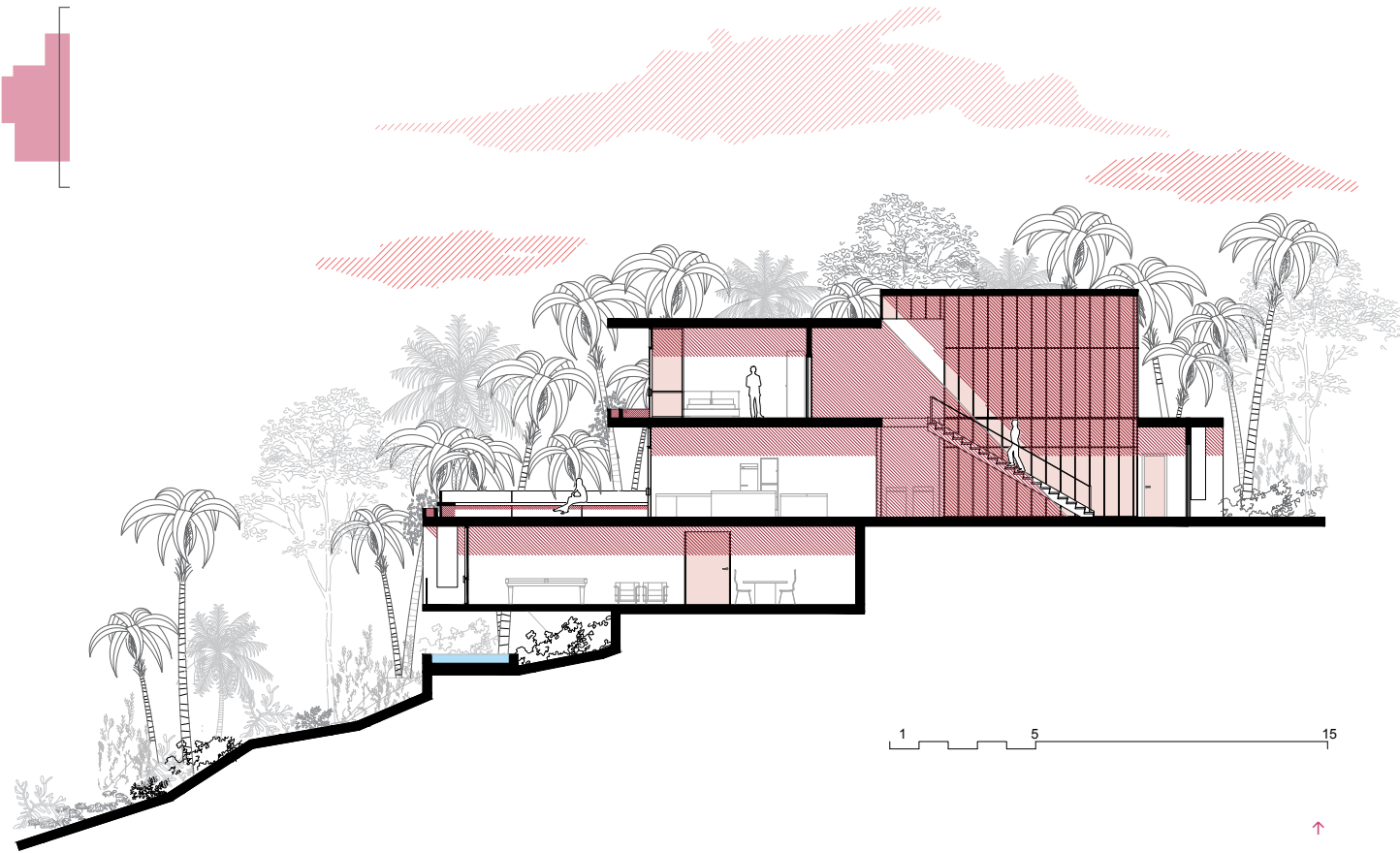


Planta baja
Ground Floor



Juego volumétrico de prismas puros superpuestos, desfasados, seccionados e intersecados con materiales en estado natural para fundirse con el entorno silvestre.

A play on volumes using pure prisms that are overlapped, staggered, segmented, and intersected with materials in their natural state so as to blend back into the wilderness



Adaptación a la pronunciada pendiente creando terrazas y pórticos. A su vez, estos desniveles resaltan espacios generando doubles alturas y potenciando visuales.

Adapting to steep slopes by creating terraces and cantilevered decks. In turn, these slopes highlight the structure's openness by generating spaces of double height and enhancing the views.

